

## EL NIDO

**PRODUCCION:** Manuel Pérez, Jaime de Armiñán y Teo Escamilla para Apunto P.C. NACIONALIDAD: Española. (1980). **ARGUMENTO, GUION Y DIRECCION:** Jaime de Armiñán. **FOTOGRAFIA** (Eastmancolor): Teo Escamilla. **MUSICA:** Temas de Haydn; Cantelobe y anónima del siglo XVI. **MONTAJE:** José Luis Matesanz. **INTERPRETES:** Héctor Alterio; Ana Torrent; Luis Politti; Patricia Adriani; Amparo Baró; Ovidi Montllor; Agustín González; María Luisa Ponte; Luisa Rodrigo y Mercedes Alonso.

En un tiempo en que en el cine predomina la expresión iconográfica del amor sexual como elemento primordial de la relación entre la pareja humana, que alguien se atreva a contar una historia de "amor caballeresco", de contemplación a distancia, que empiece como curiosidad para acabar sumergiéndose a uno de los dos extremos — generalmente el hombre— en esclavo de una pasión donde el sexo se halla ausente, es algo no sólo insólito, sino que necesita de una valentía que si en el mundo del cine siempre es difícil de encontrar, todavía lo es mucho más dentro del cine español, donde por lo general lo que se suele buscar ante todo son los resultados económicos inmediatos. Sin embargo, Jaime de Armiñán se ha atrevido con "El Nido" a contarnos una historia de amor insólita, pero no por ello menos profunda, desarrollada entre un hombre maduro, en los umbrales de la vejez y por lo tanto lleno de egoísmos personales y de placeres solitarios, y una apenas adolescente, inteligente por instinto y por lo tanto también solitaria. Y los resultados obtenidos, son bastante afortunados, hasta el punto de que "El Nido" obtuvo señalados éxitos en los Festivales Internacionales de Montreal y San Sebastián y fue una de las cinco películas nominadas para el Oscar a la mejor película de habla no inglesa de la Academia de Hollywood, aunque luego no lo ganara porque, como casi siempre, las componendas políticas hollywoodenses la arrinconaron en

favor de la infinitamente inferior película rusa "Moscú no cree en las lágrimas".

Este cuento de amor más allá de la edad, de la incompreensión de la gente que les rodea, donde el sexo es inexistente, está contado por Jaime de Armiñán en forma casi onírica, rozando los límites de la realidad, casi como si se tratase de una parábola moralista, desarrollado con cierta ambición —que es lo mínimo que a estas alturas se puede pedir a nuestros realizadores— y con una serie de ideas bastante interesantes sobre el proceso de relación entre el hombre y la mujer. Porque este tipo de pasión amorosa necesita, por lo general, de una víctima y un verdugo. A los ojos del hombre este amor lo lleva a una serie de acciones que, en estado normal, sería incapaz de acometer. Acciones que se enmascaran de propia voluntad, debido a que, desde siempre, la mujer, adolescente o no, suele tomar la ini-

ciativa cuando, como en el caso de "El Nido", es consciente de su fuerza. Así, esta Goyita anónima que, más allá de servidumbres y barreras, por encima de lo convencional y lo tradicional, vive a su modo la aventura con un hombre maduro al que arrastra, redime y al final destruye, cobra un matiz trágico poco frecuente en el cine español. Armiñán pinta con minuciosidad sus dos personajes, ahondando con habilidad en sus caracteres y dosificando con eficacia y buen sentido filmico los diferentes estadios de la relación entre ambos. Así, la relación dramática en progresión de los curiosos amores entre el hombre maduro y la adolescente, resulta dentro de su buscando onirismo, bastante verosímil, resistiéndose sólo en un final poco creíble, no por sí mismo sino por la forma en que se produce que remata un epílogo a mi juicio excesivamente explícito, como si el director no confiase en la inteligencia de los

espectadores. Armiñán recurre, en la forma, a su ya más que demostrada capacidad poética, encerrando a sus personajes en un entorno idílico, refinadamente estético, descrito con precisión y belleza por la clara y brillante fotografía de Escamilla, y dotando a la narración de unos diálogos elegantemente estilizados y líricos, muy estudiados —demasiado incluso— que se pueden convertir en pura delicia cuando se trata de las relaciones entre el protagonista y su amigo-enemigo, ese estudiante sacerdote al que da vida Luis Politti con su habitual entrega.

Una historia de este tipo, sutil y difícil, depende en buena parte de sus pequeños matices de sinceridad, por lo que Armiñán necesitaba de unos intérpretes de características muy determinadas. Los encontró en Ana Torrent y Héctor Alterio. Ana Torrent es algo más que una actriz infantil o juvenil. En esa edad incierta y difícil en que no se es niña, pero tampoco mujer, y que por lo tanto hacen vacilar el tono que se debe dar a los personajes, ella hace gala de una intuición en cada imagen y en cada plano que la lleva mucho más allá de los premios —fue galardonada en el Festival Internacional de Cine de Montreal— y otras glorias mayores y menores. Héctor Alterio hace, quizás el mejor papel desde que llegó al cine español huyendo de la dictadura militar de su país natal, aunque quizás eche mano de excesivos recursos teatrales en algunos momentos. Inmenso está Luis Politti en lo que fue su último trabajo antes de fallecer inesperadamente, dando con exacto sentido la enorme humanidad de su personaje y teniendo junto a Alterio los mejores momentos de toda la película. Admirables están María Luisa Ponte, Amparo Baró, Agustín González — actores con los que Armiñán siempre se entendió muy bien— y hasta Ovidi Montllor. Y resulta muy agradable, para quien esto escribe y por simple cuestión de amistad, el reencuentro momentáneo con Mercedes Alonso en una breve intervención llena de intencionalidad y distinción.

